

CAPITULO XII

UN MATRIMONIO FELIZ

ERA noche de tomar el té en la casa del coronel retirado Don Tirso Cisneros, con tanta mayor razón cuanto que él y su señora habían dado á entender á unas pocas de sus amistades que cumplían años de casados y se habian propuesto tener en la noche una reunión íntima. Nada de música: á lo más alguna de las niñas tocaría el piano, se cantarían una que otra romanza; pero lo principal de todo era la conversación y á eso de las nueve se dirigirían todos al comedor para tomar el thé, en esta ocasión acompañado de algo de jamón, algo de queso de los de la hacienda de la señora, algo de pan caliente, de aceitunas, de frutas secas, etc., y quizás quizás, una copa de champagne con que se obsequiaría á la concurrencia después de las frutas secas, en caso que lo apetecieran.

Allí reinaba siempre el orden y la monotonía y era mucho que Don Tirso y su esposa salieran de sus casillas, si no era como en esos momentos en que sentían

gran comezón de saber lo que se platicaba respecto del cariz que iban tomando los acontecimientos políticos. Muy en lo reservado podemos decir al lector que Doña Asunción había dicho á su marido, también muy secretamente:

—Tirso, no vayas á hacerte del rogar: si de veras vienen esos príncipes extranjeros á establecer en México una corte y te llaman para algo, ¡cuidadito con rehusar! Yo creo que nos llamarán á Palacio: todas las noches me está dando esa corazonada.

—Veremos, veremos, había contestado el coronel, aunque no me gusta esta guerra en que están los eclesiásticos en contra de los franceses y algunos de nuestros políticos divididos, nadie diga *de esta agua no beberé*. Si Maximiliano sale un Maximiliano de mi gusto y veo que la cosa prende . . . pues ¡quien sabe! hija, ¡quién sabe! . . .

Llegaron á las oraciones de la noche como llamados por campana nuestros antiguos conocidos. Sebastián Perez, periodista que todavía no había sido metido á la cárcel, el Lic. Camacho y su mujer, el Dr. Gutierrez, el boticario Torres y su esposa D^a Zenona la boticaria, y otras dos ó tres personas más sin importancia. En la casa estaba ya toda la familia reunida compuesta de los esposos ya nombrados, de la sobrina Aurora, de los primos de esta, Beatriz, Julia y Rafael y de unos dos parientes de ambos consortes, retirados, muy anciano el uno y la otra ya muy matrona aunque verde y doncella por añadidura. El que hacía falta en la reunión, y mucha, era Ernesto Domínguez á quien todos estimaban no solo por su carácter vivaz, sino por sus felices ocurrencias.

¡Ay! todos sabían ya que había sido herido en el memorable sitio de Puebla, que había sido hecho prisionero y deportado á Francia ó la Martinica, no lo sabían de cierto, esto es, la que podía saberlo era Elvira, pero esta no le nombraba nunca sino en sus conversaciones íntimas con sus primas y con el periodista Sebastián Perez, que por fin viendo que la plaza que quería asediar, Aurora, estaba tomada, se dedicó á hacer la corte á Beatriz y estaba á la sazón un tanto cuanto correspondido. Beatriz le hacía buen semblante y le alentaba algo, quizás por adhesión ó por simpatía, pero principalmente porque á Aurora interesaba que Perez les diera de cuando en cuando algunas noticias de las que cosechaba en las redacciones de los periódicos ó en los círculos sociales que frecuentaba.

En la sala principal, de regulares dimensiones y que habia sido alumbrada con cosa de veinte velas de estearina bien distribuidas y dos grandes quinqués de petróleo, era donde estaba reunida toda la gente que hemos nombrado. Aurora no estaba enteramente melancólica, ni tampoco tenía el aire preocupado de las muchachas que se ven separadas de sus amantes en condiciones bien lamentables; pero tampoco estaba tan alegre, tan expansiva y tan espiritual como de costumbre.

Terminados los saludos y las preguntas de cajón sobre la salud de los que estaban allí presentes y de los que se quedaron en casa, se formó el estrado permaneciendo la parte femenina en la cabecera y la masculina formada en dos alas dándose el frente á poca distancia para que se pudiera oír bien la conversación cualquiera que fuera el circunstante que

tomara la palabra. Ese circunstante fué el coronel, quien preguntó á Camacho:

—¿Y qué tenemos de nuevo, licenciado?

—Desde la última noche que nos vimos, hace creos dos semanas, han ocurrido cosas grandes y maravillosas.

—Es un hecho pues que Maximiliano aceptó la corona?

—Tan es un hecho que llegó hace poco un oficial de órdenes mandado de Miramar que trae pliegos importantísimos. Esto todo el mundo lo sabe y aun entiendo que hoy en la tarde ha de haber publicado el *Diario Imperial* los principales decretos.

—Usted se refiere á los que

—Dan de baja á la Regencia é inutilizan á Almon-te lugar teniente del Imperio, los cuales ya están firmados por Maximiliano como Emperador.

—Ah! ¡Están firmados por Su Majestad! exclamo el coronel como queriendo dar una lección de cortesía al licenciado.

—Sí, señor coronel; y han venido también nombramientos para Márquez, Mejía y otros militares, lo mismo que instrucciones muy terminantes de Napoleón á los jefes franceses para que no cedan ni un punto en lo que vé á los bienes del clero y demás puntos de la Reforma.

—Creo que ese señor Napoleón y sus franceses se andan metiendo en un zarzal.

—Pero cuando el mismo Maximiliano viene sujeto á lo que disponga Napoleón . . . usted dirá.

Como la plática llevaba mal sesgo, el periodista interrumpió diciendo:

—Entonces ustedes no saben que Maximiliano y Carlota con una nube de extranjeros vienen ya en camino y llegan dentro de muy pocos días?.....

—Cómo!

—Sí señores: Almonte sale mañana temprano con su familia acompañado de muchos personajes para Veracruz en donde se está ya gastando un dineral para el recibimiento.

—Y el clero, qué cara pone? preguntó el Dr. Guierrez.

—Ustedes se figurarán la cara que pone, contestó el periodista: mientras estén aquí los franceses, y han de estar por muchos años, el clero no ha de levantar golilla.

—Ah! exclamó el coronel, pero ya se sabe que S. M. fué á recibir la bendición del Santísimo Padre, quien le ha de haber marcado su linea de conducta sabiendo que México es un país esencialmente católico.

—Aunque diré, agregó el periodista con su aire desprendido, que al Papa lo que le importa es que se le mande dinero y lo mismo le ha de dar que se lo mande la Iglesia ó se lo mande Maximiliano, así es que los bienes del clero no llevan trazas de que sean devueltos jamás.

—Pero ese ha sido un robo, gritó D^a Asunción, que no podrá ser aprobado por el Emperador.

—Cuál Emperador?

—Maximiliano!

—Aquí no va á mandar ningún Maximiliano, sino Napoleón.

—Eso ya lo veremos. Mueho han de hacer por su patria y por su religión los conservadores de tanto

peso que están en Europa, que vienen con el Emperador y que le rodearán aquí luego que llegue. Estando ya el país pacificado lo primero que se hará será despedir á los franceses.

—Pero lo que menos tiene el país es estar pacificado, observó el Lic. Camacho.

—De las guerrillas que quedan diseminadas, darán buena cuenta las fuerzas imperiales.

—No sólo quedan guerrillas sino ejércitos. Uruga y Arteaga tienen veinte mil hombres en el Sur de Jalisco. Juárez está en el Saltillo con cinco mil hombres y entre Régules, Porfirio Diaz, Riva Palacio, Vidaurri y otros, bien cuentan con veinte mil hombres.

—Se dice también, manifestó el periodista, que entre Cuellar, Carbajal y Aureliano Rivera han reunido como cinco mil hombres montados para hostilizar á las escoltas de Maximiliano en su viaje do Veracruz á México.

—Pero el camino está custodiado con más de diez mil hombres de buenas tropas de linea.

—Lo cierto es, exclamó el coronel, que no hay nada cierto una vez que todas son conjeturas. Todos los dias hay combates en que no levantan una los republicanos, según los partes que publica el *Diario*, á los cuales no se puede dar entero crédito, como no se puede dar á tantas mentiras que insertan los otros periódicos; pero sí se nota que va cundiendo gran desaliento entre los juaristas y casi es seguro que la mayor parte se acojerán al indulto que decrete el Emperador.

—Ya los franceses y Almonte se cansan de dar amnistías sin que produzcan ningún resultado.

—Pero no será lo mismo cuando vean un gobierno formal y bien establecido. ¿Qué va á hacer un puñado de hombres mal armados, mal pagados y mal comidos contra un ejército de cien mil hombres apoyado por la mayoría de la Nación y sostenido por las potencias europeas? El dinero, las armas, y sobre todo, la influencia moral, le vendrá de Europa al imperio y aquí no habrá otro recurso que doblar las manos y reconocer como un hecho incontrovertible la monarquía.

—¡Quien sabe! Don Tirso, ¡quien sabe! Juarez es tenaz, tiene muchos jefes resueltos y cuenta con la amistad del gobierno de los Estados Unidos.

—Ese gobierno de los Estados Unidos no le ha de servir de mucho, cuando bien quisiera él tener quien le diera la mano.

—Es posible que triunfe de los separatistas del Sur, ya ha obtenido muy importantes triunfos y cuando aquello termine. . . .

—La de los Estados Unidos es una guerra civil y las guerras civiles suelen eternizarse. De aquí á que la cuestión se resuelva, si triunfa el gobierno del Norte, tiene que quedar impotente y buen cuidado tendrá en no ponerse de uñas con ninguna potencia extranjera.

Durante esta conversación que fué general, los que no tomaban parte en ella por ignorancia ó por corteidad, bostezaban ó se fastidiaban mortalmente; así es que vieron el cielo abierto cuando Doña Asunción á una señal de la criada, dió la voz de que pasara la concurrencia al comedor.

Estaba la mesa puesta no con mucho gusto, pero

sí con algo de plata antigua y un mantel muy limpio sobre el que abundaban las fuentes, los platonos, los fruteros y algunas flores de la estación.

Se sentaron á voluntad, formando grupo en un extremo Aurora con sus primas y el periodista Perez que, como hemos dicho, estaba ya en inteligencias con Beatriz.

Todos se lanzaron con buen ánimo á las viandas; pero especialmente Doña Zenona la esposa del boticario, que hizo grandes elogios de cada uno de los potages.

Cuando ya estuvieron los corazones alegres y las conversaciones animadas, Beatriz, á una indicación de Aurora, preguntó á Perez:

—¿Y qué noticias hay de Ernesto Dominguez?

—Estuve á tomar informes con su familia hace poco y no pudo darme ningunos. La mamá está muy afligida. Me refirió que después de haber sido herido en Puebla, cayó prisionero y cuando se repuso de las heridas fué deportado á Francia. De allí volvió á escribir manifestando que estaba en acecho de una oportunidad para venirse, teniendo ya los fondos necesarios para el pasaje. Ustedes saben que en la batalla del 5 de Mayo se condujo bizarramente y fué ascendido á capitán por el general Zaragoza. Después de la muerte del ilustre gefe pasó al Estado Mayor del general Gonzalez Ortega y en el sitio de Puebla fué uno de los oficiales que se distinguieron por su valentía, acudiendo siempre á los puntos en que era mayor el peligro, batiéndose con denuedo en los combates que hubo cuerpo á cuerpo con los franceses dentro de los mismos reductos. En uno de los

partes se hizo mención especial de su heroico comportamiento y cuando cayó herido de tres balazos, en el mismo sitio Gonzalez Ortega le dió el ascenso de comandante.

—Todo eso y algo más sabíamos, porque nos escribió hasta el momento de ir á embarcarse en Veracruz, dijo Elvira sin poder ya contenerse de tomar parte en la conversación; pero desde entonces no hemos vuelto á saber nada.

—Es que al principio se vigiló tanto á los deportados á Francia, que no se les dejaba ni comunicar con sus familias. Después es cuando ha habido ya con ellos mayor tolerancia.

—Sí, con los juramentados; pero Ernesto no consentirá nunca en juramentarse.

—A los no juramentados los han tratados peor que á negros.

—Yo presumo, dijo Perez, que Ernesto debe haberse venido al país escapado como se han venido otros muchos.

—En cualquiera parte de México que se encontrara ya nos hubiera escrito.

—Ejerciéndose tanta vigilancia en los puertos y en las fronteras, Dios sabe los trabajos que haya pasado ó esté pasando en estos momentos, ya para vivir en los Estados Unidos, ya para pasar á México.

—Usted algo sabe, Perez.

—No son mas que presunciones. Su mamá me dijo que le había situado algo de dinero en Nueva York en poder del cónsul; pero que ignora aún si se ha presentado á recogerlo. Parece probable que no habiendo escrito de Francia hace tres meses, se haya

embarcado y que su familia de un día á otro reciba carta de Nueva York. Solo en el caso de haber sido sorprendido en su fuga en el suelo francés, puede haber sido reducido á prisión y encerrado en una fortaleza.

Aurora perdió el color y estuvo á punto de desmayarse.

—Pero esa es una conjetura de las más improbables, se apresuró á decir el periodista. Ernesto es muy perspicaz, demasiado inteligente para incidir en una torpeza. Habla bien el francés, ha tenido tiempo de familiarizarse con las costumbres francesas y es casi imposible que dé un solo paso que pueda perjudicarlo.

También Beatriz se apresuró á tranquilizar á su prima, asegurándole que no pasarían ocho días sin que se supiera algo positivo de Ernesto, y entonces Perez se aprovechó para decir muy bajo á su amiga:

—Y yo, Beatriz, cuando seré tan afortunado que.....

—Hoy las circunstancias son solemnes: en otra vez hablaremos nosotros.

—Pero ¿cuándo? ¿cuándo?

—Pronto, pronto.

El coronel y la coronela se levantaron entonces con sus copas de espumoso champagne en las manos, todos hicieron lo mismo, y el Licenciado Camacho pronunció un breve pero elocuente brindis por la ventura de aquella feliz pareja que cumplía 28 años de estar ligados por los lazos del matrimonio.

Todos volvieron á la sala, tomaron sus abrigos y sombreros y se despidieron deseando muchos años de vida y de felicidad á Cisneros y su señora.